

velándole los tormentos preparados para el impío, la gloria de los justos y el medio de salvarse por la unión con el Redentor: de aquí (siempre hablo en el sentido papista) que sin fe, la conversión no puede crecer, durar ni perpetuarse.—

Oía John ávidamente tales conceptos católicos, que le parecían sublimes. Observó, siu embargo:—Pues bien; si, según los católicos, consiste la plena justicia del hombre en la fe voluntaria y en el amor á Dios, ¿por qué insisten tanto en la precisión de las obras buenas?

—Porque lo quiere la lógica, sin contar la biblia. Insisten en las obras buenas, porque creer á Dios soberano bien y no mostrarle amor realmente con las obras, sería, según ellos, una fe injuriosa y un amor de burla. Insisten, porque creer ne Cristo legislador y hollar sus leyes, es para ellos un absurdo y una enemistad cubierta con el manto del amor. Insisten, porque la confianza en los méritos del Salvador, cuando Este no es amado sino desobedecido, se convierte, según ellos, en una presunción provocadora de su ira, mientras la fe que compele á obedecer á Dios, uniendo la confianza con el amor operante, según ellos, hace verdadera y real la de-

pendencia de la criatura respecto del Creador, y constituye la perfecta relación del hijo adoptivo con el Padre celeste, la semejanza de los miembros con la Cabeza divina. En la doctrina católica las obras buenas, impuestas ó voluntarias, aumentan la amistad de Dios al hombre justo, fundando el mérito de la gloria siempre más elevada. Hé aquí en bosquejo la teoría de la justificación según los católicos. Los protestantes, por el contrario, profesan muy diferentes doctrinas, opuestas de todo punto entre sí.—

Exaltándose John, por haber comprendido la teoría de los católicos, se puso en pié, y estrechando vivamente la mano del viejo, le interrumpió á la mitad del discurso, diciéndole:—Basta por ahora. De todo corazón os doy las gracias: nunca había comprendido tan claramente la opinión católica.

—¿No quereis oír las varias opiniones de las iglesias protestantes?

—No, no, dijo John. No vengo á encontraros sólo por el placer que me proporciona vuestra conversación, sino también, y principalmente, con el fin de aclarar mis ideas; pero no quiero poner en el asador demasiada carne. No podeis figu-

raros hasta qué punto me deleita comprender enteramente un punto doctrinal y filosófico, estudiarle bajo todos sus aspectos, y distinguir lo que me parece verdadero, lo que reputo falso, y lo que considero controvertible ó dudoso. Las horas se me pasan en un momento, sobre todo, después que á la terrible y sutil parladora miss Julia debo la manía de las controversias. Pero, antes de que se me olvide, una observación: las teorías tan hermosas que me habeis explicado, ¿hallan algún fundamento en la biblia?

—¡Oh querido joven! dejad que os deje aquí un poco con las ganas. Si principio á tocar este punto, no concluiré antes de la noche, y quizá vuestra madre os espera para comer. Haced lo que os diré: id mañana á la biblioteca *magliabechiana*, ó, como dicen ahora, nacional, leed algún libro de teología católica, y tendreis el gusto de hallar textos escriturarios... Mas ¿deseais un breve opúsculo, ó un tratado completo?

—Ansío un tratado completo; una obra solemne, grande, llena, autorizada, por la cual pueda después decirme á mí propio: "He visto la opinion católica con sus fundamentos, y conozco lo que vale." Son ar-

gumentos que ansío comparar con nuestras doctrinas, para elegir después la verdadera verdad, y poseerla de guisa que ninguno pueda quitármela en lo sucesivo.

—¡Bien! dijo el viejo con admiración sincera; profetizo que sereis un caballero formal y valiente. Me felicitó con vos y con vuestra familia. Pedid, pues, el tomo cuarto de las controversias de Belarmino: ¿Os inspira miedo un Cardenal?

—Por el contrario, respondió John; un Cardenal, más que otros, estará en el caso de hacerme conocer la opinión católica.

—Pues bien, buskais en el índice del libro los puntos que os plazca examinar, y os prometo que hallareis centenares de razones poderosas y de textos de la biblia. Sobre todo, están discutidos éstos con una ciencia de *exégesis* incomparable.

John tocaba el cielo con la mano: tomó el sombrero, se puso en pie, y se despedía. De pronto añadió, sentándose nuevamente:—Satisfaced, si podeis, otra curiosidad mia. Me parece que habeis explicado la opinión papista con alguna preferencia.

—No lo niego, respondió prontamente

—sir Roberto Smith; es la única que me parece lógica, completa y conforme con la Escritura, al paso que nuestras confesiones en este punto dicen muchas tonterías. La más incoherente de todas es la profesión anglicana, que admite con Lutero y Calvino la fe como único principio justificante, viniendo á ponderarnos después las buenas obras, cosa, en mi sentir, completamente inútil si para ser justos no se necesitan. Lutero y Calvino son más lógicos: las condenan y escarnecen. Además, impugna las obras de supererogación, que define mal: en suma, nuestros treinta y nueve artículos, si se comparan con la biblia, no son oro puro.

—¡Oh! ¿Cómo compagináis esta libertad de opiniones (que yo admiro), con vuestra profesión de anglicano de la Alta iglesia episcopal?

—Nada más fácil. ¿Acaso nuestros dogmas son un quinto evangélico? Razonemos. ¿Valía la pena de que protestásemos contra el Papa, contra los Concilios, contra la Iglesia toda, y contra los quince siglos anteriores á la reforma, para después ligarnos servilmente á una declaración de fe, compilada por cuatro saltimbanquis, socorridos por el gobierno?

—Sea quien sea el compilador, ¿es verdad que se trata del símbolo recibido y jurado por nuestros obispos? . . . Es una dificultad, notadlo, no una opinión mía; porque yo tampoco lo considero infalible.

—¿Sabeis quién autenticó nuestra profesión de fe? Un concilio de obispos que no formaba la centésima parte de los de aquel tiempo. Casi me vienen las ganas de reír cuando veo en el *Common Prayer-book*, al pie de la profesión de fe anglicana, la ratificación de una mujer: ¡la reina Isabell!

—¿Luego la rechazais toda?

—No; la juzgo con el criterio que la profesión coloca en mi mano para juzgar á los otros símbolos. En el artículo octavo me dice que se deben recibir el de Nicea, el de Atanasio y el Apostólico, por estar conformes con la sacra Escritura. Pues bien. Yo igualmente admito el símbolo de los treinta y nueve artículos, en cuanto lo encuentro conforme con la sagrada Escritura; y en cuanto no, lo dejo aparte. Me parece que quedo anglicano, *archi-anglicano*, más anglicano que el anglicanismo.—

John esperaba poco más ó menos esta contestación, y no replicó: estrechó la mano del viejo, y se fué. Estaba tan muerto

tratándose de las cosas domésticas, como vivo para sus gustos literarios ó científicos. Salió de casa de Smith con el rostro encendido y la manía de ahondar en los libros con toda su alma, deseoso de ver la última palabra de la gran cuestión que lo tenía completamente absorto. Parecía que no llegaba jamás el día siguiente. En el ínterin, escribió diligentemente todos los puntos doctrinales expuestos por Smith; dos veces hubo de ser llamado para ir á la mesa.

Ahora bien. ¿Quién podría contar hasta qué punto parecióle cruel y extraña la ocurrencia de Julia, que indicó la idea de sustituir á Florencia con Fiésole? Se opuso ásperamente con multitud de dificultades. No le costó mucho, siendo como era sagaz, comprender que cumplía Julia un encargo. Realmente su proposición, hecha con alguna timidez, fué con ardor recogida, celebrada, encarecida, ponderada y admitida por mistress Needle.—Por consiguiente, concluyó John, la empresa viene de mi mamá, y no habla Julia por su cuenta... La clave de la cifra es que mi madre se agita, con el fin de sacarme de aquí para tenerme lejos de sir Roberto Smith... Lo pensaré.—

Comió de mal talante como nunca. Al

día siguiente, una media hora antes de que se abriese la biblioteca, desempedra-
ba arriba y abajo los cantos de los Museos. Aquel día, sin perder un segundo, hojeó y devoró muchos capítulos de Belarmino. Copió párrafos, anotó textos y escribió sumarios. Por la tarde, discutiendo con Julia, suscitó la conversación de sus estudios, y con gran maravilla conoció que la joven estaba completamente de acuerdo en las doctrinas con sir Roberto Smith, y ambos con Belarmino. Había encontrado en éste lo que precisamente deseaba; una multitud de alegaciones bíblicas para establecer la verdad papista y destruir las varias opiniones de los protestantes. Parecía que, respeto á conocer bien la doctrina católica, no le quedaba cosa por inquirir, y por añadidura, parecía más que plausible, aun examinada bajo el prisma de la simple razón. Sin embargo, quiso asegurarse mejor, y pidió un catecismo á la joven, á fin de divertirse, decía, parangonando la opinión católica con la protestante. Comprendiendo Julia que semejante diversión podía llegar á ser una cosa seria, en vez del catecismo, le dió la *Simbólica* de Moehler, señalándole las páginas que debía consultar. Aquella misma

noche puso John manos á la obra; leyó y releyó los puntos controvertidos, comparando las diversas opiniones de los católicos y de los reformadores, pareciéndole ya éstas, después del estudio hecho, absurdas y opuestas á la palabra de Dios. Con tales especulaciones, ora paseando por su habitación, ora sentado con la pluma en la mano, no cesó su estudio hasta muy entrada la noche.

Habiendo sabido después su madre por los criados estas novedades, quedó sumamente preocupada; mucho más la compeleron á disponer ántes la partida. En el ínterin, una extrañeza inexplicable de John vino á confundir sus ideas, y á sumergirla en un mar de sospechas. Había dicho que á la mañana siguiente irían todos en coche á instalarse ya en la casa de campo. Cuando llegó la hora, cada uno había dispuesto las cosas, y sólo se aguardaba el carruaje. Julia y las niñas metían un ruido alegrísimo, y formaban cien planes de pasatiempos campestres. Mistress Needle respiraba contenta por haber hallado un expediente honroso para librar á John de la influencia de sir Roberto Smith. Sólo John murmuraba en su cuarto, y nunca concluía de hallarse dispuesto á marchar.

Finalmente, cuando los demás estaban casi á punto de subir al coche, salió fuera, en traje completo de cazador, y con una hermosa carabina *Lefauchaux* que asustó á las niñas.

—¿Qué te pasa? le dijo su madre.

—He tomado también mis determinaciones para vivir en el campo.

—¿Piensas cazar ahora?

—¿Por qué no? Conviene que halle la forma de ahogar el fastidio de los próximos días.—

Mistress Needle no acababa de comprender la flamante ocurrencia de su hijo, contraria enteramente á sus costumbres inveteradas. Los placeres de John solían generalmente consistir en estar encerrado en su estancia, en leer buenos libros, y en hablar sobre literatura ó ciencias, cuando alguno, como Julia, conseguía sacarlo de su silencio. ¿Cómo así de repente le había ocurrido dedicarse á la vida ligera y agitada del cazador? Quién le había enseñado el manejo de las armas? ¿Y quién le había satisfecho los gastos de todas sus compras? Preguntóle:—Quién ha pagado estos arneses?

—Todo está satisfecho, y exhausto quedó mi bolsillo.—

La buena madre ignoraba si debía criticar ó aplaudir la salida de John. Pronto acordándose del consejo de Julia de reconciliarse con él, aprovechó la ocasión para demostrar que había olvidado las pasadas diferencias; abriendo su *portamonedas*, sacó una buena suma de oro, y la puso en la mano de John, diciendo:—No quiero que estés sin dinero...; aunque me lo hubieras podido decir antes, si tenías este gran deseo.—

John aceptó voluntariamente, pero se leía en su faz algo misterioso.

XXXVI.

A LA CAZA.

El hecho fué que apenas la familia Needle se hubo acomodado en la casa de campo á la mitad de la cuesta de Fiésole, John pareció un cazador asiduo é infatigable. Al amanecer desaparecía, calzado como los correos, con la chupa de terciopelo encima, y al hombro la escopeta. Volvía poco antes del almuerzo, con algún pajarito en el zurrón, sin tener aventura que contar. Proponía, por el contrario, una multitud de cuestiones, y batallaba tremendamente con Julia sobre puntos religiosos; si algunas veces no salía, por llover á ma-